Archivo
Luis Estrada

Acerca de *mi* Gaspar Elizondo

Luis Estrada

A propósito del ciego que pidió piedad a Jesús, a pesar de ser increpado a guardar silencio por la gente que acompañaba al nazareno en su viaje a Jericó, don Gregorio Lemercier comentó, en su homilía dominical de hace alrededor de treinta años, que Jesús al decir que le devolvió la vista gracias a su fe, reiteró que no apreciaba los actos de sumisión. Su comentario estuvo basado en la tesis de que la fe implica seguridad en uno mismo y que es necesaria para ser lo que se es y tener lo que se tiene. Gaspar y yo tomamos muy en cuenta ese juicio, ya que la relación entre la fe y la libertad, especialmente la intelectual, fue un asunto sobre el que mucho discutimos. Aunque no recuerdo si algo comentamos al terminar la ceremonia, esa opinión de don Gregorio, como muchas otras que generosamente nos ofrecía, sirvió para después discutir mucho. Menciono esta reminiscencia porque ilustra cómo vivimos Gaspar y yo las primeras épocas de nuestra larga amistad.

Gaspar fue un auténtico filósofo. Aunque no orientó sus esfuerzos a la obtención de un doctorado en filosofía dedicó gran parte de su vida a estudiar y a ejercer esa disciplina. La tradición, siguiendo la pauta etimológica, define a la filosofía como el amor a la sabiduría y Gaspar, en forma consciente, honesta y respetuosa, era un amante de la sabiduría. De ésta sólo puedo decir ahora que es un profundo y atávico anhelo humano. Sin embargo Gaspar buscó incansablemente su sentido y no sólo en la filosofía. No sé si finalmente encontró algo satisfactorio aunque sí puedo asegurar que nunca se dio por vencido pues era un filósofo. Filosofía es filosofar, esto es hacerse preguntas de gran generalidad y profundidad, e intentar darles respuesta, unas y otras en forma sistemática y permanente. Gaspar no perdía una oportunidad para hacerlo y sus amigos nos beneficiamos mucho de ello. Insisto mucho en este punto, y seguiré haciéndolo, porque quiero dejar claro que el lugar que Gaspar se dio fue propio e independiente de la exhibición de un documento, de la membresía de alguna asociación o alguna otra clase de "certificación".

Ahora se busca mucho distinguir las actividades en "profesionales" y "de aficionado" (*amateurs*). Es obvio que hay buenos motivos para buscar tal distinción y que usarla puede hacer justicia. Sin embargo esa separación no cubre todas las posibilidades y puede dar lugar a equívocos indeseables, especialmente cuando los criterios de distinción se reducen únicamente a términos económicos. Más aún, en el llamado "medio cultural" se identifica "ser profesional" de una actividad con "vivir de ella" por lo que, dada la experiencia ganada con nuestros sistemas de becas, estímulos y otras "formas de vivir de la cultura" en este país, es necesario hacer otra aclaración. Gaspar no vivió de la filosofía. ¿Debo entonces calificar el esfuerzo filosófico de Gaspar y aclarar que no fue un profesional?. Tal aclaración me parece inútil y peligrosa, no sólo por la memoria de un amigo sino también por lo que culturalmente significa. Creo que hubiera sido bueno que Gaspar viviera de la filosofía ya que entonces nos hubiéramos beneficiado más de sus conocimientos y estoy seguro de que hubiera formado a muchos discípulos. Sin embargo las cosas no fueron así: Gaspar ejerció una actividad que, por su seriedad y continuidad, no fue de aficionado y así nos dio un ejemplo de ejercicio profesional independiente.

Durante el decenio de los cincuenta (época de mi vida estudiantil universitaria) había varios grupos de estudio acerca de distintas materias. Su composición era plural, con mayoría de estudiantes, y se reunían de preferencia en los cafés del centro de la ciudad. Los formaban y mantenían en actividad personas muy inquietas y con gran deseo de saber. Gaspar fue uno de esos organizadores y yo tuve la suerte de pertenecer a algunos de los grupos que él formó. (Recuerdo ahora dos, uno de los cuales duró más de un año). Lo frecuente era discutir temas provenientes de los libros que leían sus integrantes, muchas veces después de la lectura de algunas páginas que alguien proponía. Esta situación fue acabándose, al menos hasta donde yo pude ver, pero Gaspar no claudicó y cambió su forma de organización. Circunstancias que no tiene caso mencionar aquí me separaron de esa actividad y tengo entendido que Gaspar continuó reuniendo gente, con propósitos culturales, hasta el final de su vida. Al principio sentí mucho la falta de ese tipo de reuniones y luego me conformé pensando que no se puede profundizar en todo.

Algo que invariablemente asocio con Gaspar es el medio tan especial en que nos movíamos: los amigos comunes, los temas de que platicábamos, las ideas que teníamos de la vida humana y otros asuntos que ahora difícilmente encuentro a mis alrededores. Para dar una idea de aquello sólo mencionaré el interés tan notable que teníamos por *ser*. Aún entonces tal interés era raro y en el medio del que hablo no era parejo (para algunos era casi una obsesión) pero era común. Con frecuencia caíamos en la eterna discusión de la diferencia entre *el ser* y *el hacer*, especialmente cuando intentábamos aplicarlo a la vida práctica. Aunque añoro aquellos tiempos pienso ahora que aquello no fue más que la suerte de vivir un evento improbable y fugaz, el cual alguien calificó como un extraño y anacrónico remanente de "romanticismo".

Creo que aquí he descrito a Gaspar influido por una confusa memoria de la época que antes esbocé. Acepto que recordar los tiempos en que conviví con Gaspar ha sido como memorar un sueño. Pasado el placer que tal sueño me causó, empecé a pensar en lo ilusorio de los recuerdos. Gaspar era muy reservado y hablaba sólo cuando tenía algo que decir, por lo que la mayoría de nuestros diálogos giró alrededor de temas que considerábamos básicos y que pensábamos que había que tratar objetivamente. Por lo que aquí he confesado creo importante concluir que ese Gaspar que he esbozado es sólo *mi* Gaspar. Sin embargo hay que reconocer que aunque los sueños y las rememoraciones, como actividades mentales, tengan mucho de ilusorio, eso poco importa cuando nos reviven algunos momentos de nuestra vida, especialmente cuando éstos han sido importantes. Ahora soy consciente de que mucho de lo que sé lo aprendí en aquella época y que en ello tuvo que ver Gaspar. Me pregunto: ¿la conciencia de lo ilusorio del pensamiento es necesaria para mejorar la calidad humana?. ¿Podemos distinguir las ilusiones de la "realidad pasada"?. Siento mucho no poder discutir estas cuestiones con alguien que sé con seguridad que compartiría mi interés: Gaspar Elizondo.

Gaspar, cultura y fe

Gabriel Zaid

Iniciamos este número 150 con el estimulante autor de Los demasiados libros. *En su extenso ensayo* Tres poetas católicos, *que se ocupa de Ponce, Pellicer y López Velarde, Gabriel Zaid ya se había referido a Gaspar Elizondo y su impar librería. En esta estampa indeleble, se completa el retrato de un hombre paradójico, el librero modesto que actuaba como líder.*

Cerca de mi oficina, descubrí un letrero inusitado: "Biblia, Arte, Liturgia". Era una librería con artículos religiosos, muy distinta a las tradicionales de literatura piadosa y arte convencional. Me recordaba las que conocí en París, para un público minoritario, quizá por eso ignorado, tanto para la oferta católica tradicional como por el mundo intelectual no católico.

Volví muchas veces a Berlín 17. Vendían artesanías del monasterio benedictino de Cuernavaca. Tenían una sección bíblica y litúrgica muy completa. Pero lo que más les agradecía era la sección francesa, llena de libros difíciles de conseguir y novedades que sólo ahí se encontraban. El ambiente era sobrio, elegante y discreto. Uno podía pasarse un largo rato explorando en silencio, y, en el momento de hacer una pregunta, recibir la respuesta de un conocedor: Gaspar Elizondo.

El creador de aquel espacio intenso, inteligente, estaba siempre ahí, y acabamos siendo amigos. Creo que fue a raíz de que inició la publicación de *Informaciones Católicas Internacionales*, traduciendo del francés la revista quincenal del mismo nombre. Yo estaba tan impresionado con los primeros números que me presenté como voluntario para ver en qué podía ayudar.

La revista fue una conmoción secreta en el mundo de habla española. Llegó a tener unos 3,500 suscriptores, de los cuales muchos eran líderes de opinión en su país. Las grandes agencias de la prensa internacional no habían descubierto por entonces que el mundo católico estaba en plena efervescencia, alentado por la apertura de Juan XXIII. Esa fue la oportunidad de la revista. Daba a conocer las iniciativas y dificultades de todo el mundo católico, lo cual estimulaba más iniciativas. O dificultades, porque en algunas partes alarmaba que se informara más allá de lo oficial. Eso no ayudó nunca a la prosperidad de la revista. Sin embargo, paradójicamente, lo que resultó mortal para el proyecto fue la causa contraria: la gran prensa descubrió lo que había ignorado. Ya no hacía falta suscribirse a una revista de vanguardia para enterarse de lo que publicaban los diarios y hasta la televisión. Naturalmente, la gran prensa se limitó a exprimir lo más vendible.

La apertura posconciliar tuvo el mismo efecto sobre la librería. Que el mundo católico se abriera a Freud, a Marx, a Darwin, era refrescante, pero también equívoco. Cuando la patrística griega o la teología medieval asumieron la cultura antigua, lo hicieron con un sentido de superación: ir más allá. Claro que eso tomó siglos y genio creador, y ahora no existía infraestructura cultural para tanto. Que Gregorio Lemercier se psicoanalizara o Camilo Torres tomara las armas era llamativo y noticioso, pero los freudianos o marxistas que veían esas conversiones con curiosidad (desconfiada, benigna o despectiva), nunca se convirtieron

al cristianismo: lo consideraban superado, no superador. Por el contrario, para muchos cristianos, la apertura fue una pérdida de identidad, que llevaba a aferrarse a las viejas certidumbres, o a abandonar su fe, pasando por una serie de matizaciones intermedias que terminaban siendo innecesarias. Para los que pasaban de un cristianismo abierto a un marxismo cerrado (o al menos *indepassable*, como dijo Sartre), "Biblia, Arte, Liturgia" dejó de tener sentido, y no lo tuvo nunca para los que preferían un cristianismo cerrado.

La falta de infraestructura cultural cuesta más de lo que nadie se imagina, especialmente en situaciones de cambio. Si los miembros de una comunidad no tienen un marco de referencia para enfrentarse a las nuevas inquietudes, acaban valiéndose de alguno ya existente (el freudiano, el marxista), creado por otros y para ellos: para sus necesidades, situación, tradición.

El liderazgo no es sólo voluntad y carisma. Depende de imágenes, metáforas y símbolos; de constructos teóricos; de la creación de formas originales de ver las cosas, sentirlas, hacerlas, vivirlas. Muchas conversiones al marxismo, al psicoanálisis, al positivismo, se explican por la conciencia de una realidad innegable, frente a la cual tienen muy poco que decir las ideas, sentimientos y creencias disponibles. Se explican, finalmente, por la falta de creatividad artística e intelectual del mundo católico. Una fe que no produce cultura acaba subordinada a las creencias de quienes sí la producen. Si, frente a ciertas realidades psíquicas o sociales, no hay más explicación disponible que las teorías freudianas o marxistas, hasta los que combaten esas teorías acaban utilizando sus planteamientos, sus imágenes, su terminología. Así se paga la falta de liderazgo cultural.

Gaspar nunca teorizó sobre estas cuestiones, pero una y otra vez tomó iniciativas que reconocían el desastre de separar fe y cultura. Participó en la renovación de la liturgia y la artesanía en el monasterio de Cuernavaca. Creó "Biblia, Arte, Liturgia". Publicó *Informaciones Católicas Internacionales*. Al final de su vida, organizó una tertulia chestertoniana y un cine club inspirado en Tarkovski. Hay muchos cristianos ejemplares en México, pero poquísimos, como él, que hayan visto qué vulnerable es una fe seca de cultura.

Gaspar tenía un talante paradójico. Parecía flemático, y uno de pronto se enteraba que andaba de chofer, ayudando a las monjas de la madre Teresa a repartir pan que había conseguido para las colonias pobres. Parecía pesimista, y lanzaba una y otra vez iniciativas. Parecía conservador, y estuvo siempre en la vanguardia. Parecía modesto, y lo era, pero actuaba como líder. Acabó siendo especialista en la administración de proyectos utópicos. Era asombroso lo que hacía con tan pocos recursos: hacía historia. Si algún día se escribe la historia de las iniciativas de vanguardia en la cultura católica mexicana, figurará, con justicia, como uno de sus principales animadores.

La Jornada Semanal, 18 de enero de 1997